

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS
DIRECTOR

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA 3.^a DE PENTECOSTÉS.

Erant autem appropinquantes ei publicani, et peccatores ut audirent illum. Luc. XV. s.

Y se acercaron á él los publicanos y pecadores para oírle.

¿Porqué murmuran los escribas y Fariseos? ¿De qué se quejan? ¿Quién puede acusar de pecado al Santo de los santos? ¿Qué mal ha hecho el Hijo de Dios? Murmuran porque se acercaban á él los publicanos y pecadores para escuchar su maravillosa doctrina. Acusan al Salvador porque recibe á los pecadores y come con ellos. ¡Justicia farisáica! Jesucristo sale á su defensa, á la defensa de su conducta, proponiéndoles esta parábola: ¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiere una, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va, á buscar la que se habia perdido, hasta que la

halle? Y cuando la halláre, la pone sobre sus hombros gozoso: y viniendo á casa llama á sus amigos, y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabien, porque he hallado mi oveja que se habia perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo sobre un pecador que se arrepientiere que sobre noventa y nueve justos que no han menester penitencia.

¡Qué amor el de Jesús! ¡Qué corazon el de nuestro Salvador! Há venido á salvar, á redimir, á consolar, á curar las llagas de la humanidad y sanar las contriciones del corazon. Los publicanos y pecadores le buscan solícitos y él los recibe con entrañas de caridad. ¿Hay mayor miseria que el pecado? Como no habia de enternecerse el corazon de Jesús en presencia de los extraviados que se acercaban para escuchar sus palabras de luz y de vida? No obstante los escribas y fariseos murmurán de Jesús y le reprochan que recibe á los pecadores y come con ellos. Pero el Hijo de Dios no ha venido á curar á los sanos sino á los enfermos, no ha ve-

nido á llamar á los justos sino á los pecadores. La misericordia es una de sus más bellas perfecciones y la fuente de nuestros más puros consuelos. Exponiendo la parábola del presente Evangelio tendremos una idea si quiera pálida é incompleta de la misericordia de Jesús para con los pecadores y conoceremos la manera de disponernos á recibirla.

Los caminos de Dios, dice la Santa Escritura, son misericordia y verdad. ¡La misericordia encantadora perfeccion que Dios hace brillar á cada paso sobre la cabeza de los mortales. Dios es caridad. Su amor infinito despues de haber inundado el mundo de sus larguezas, le impulsa á compadecer nuestra miseria. Pero su inalterable naturaleza, dice Santo Tomás, no se presta más que al acto supremo de la misericordia que consiste en socorrer la miseria. *Repellere miseriam maximé competit Deo.* La tristeza es incompatible con su esencia inalterable; por eso no hay en Dios más que lo que tiene de perfecto la misericordia. Buscar al miserable, humillarse, bajarse al que padece y compadecerse de la miseria, hacerla suya, abrazarse con ella, hacer penetrar la miseria agena en el propio corazon, hacer su corazon miserable como el otro corazon, para mostrarle cuanto le ama, esto es, segun Santo Tomás, la misericordia. Esto hizo Jesús, y por eso resplandece la misericordia sobre todas sus obras. Jesús es todo amor y todo misericordia. Diez y nueve siglos hace que la humanidad redimida pronuncia esa frase para retratar su corazon. El se bajaba á los pobres; y nos intima la caridad, y nos hace comprender que

son nuestros hermanos. El buscaba á los pecadores, conversaba con ellos, y les hablaba con tanto amor que enternecía á sus enemigos más implacables y se convertian en sus más ardientes discípulos. Acercábanse á él los publicanos despreciados, y los pecadores deshonrados, y dejaba caer sobre aquellos corazones agostados blandas y animosas recorrencciones, afrontando los reproches y las injurias de los celadores de la ley. Prometiales el perdón, y les pintaba aquel á quien habian ofendido bajo la figura amable y conmovedora de un Padre siempre inquieto, siempre tierno, siempre esperando la vuelta de sus hijos pródigos. Y cuando sus enemigos personales murmuran, y afean su conducta, les dice bajo la forma parabólica que el es buen pastor, ven-do al mundo para buscar las ovejas extraviadas y conducir las al seno de Dios. Ha dejado las noventa y nueve en el cielo, los ángeles y los bienaventurados, para buscar al hombre, oveja errante y perdida entre los errores y maldades de la tierra. ¡Corazon tierno! ¡Corazon misericordioso! Todas nuestras miserias cavén allí, en ese santuario inmaculado de la misericordia infinita; pero la miseria del pecado es la que conmueve más sus entrañas amorosas.

Con tanta fuerza penetra su corazon que le hace gemir, llorar y padecer más que todos los hombres juntos. Sí; la miseria del pecado arrancó muchas veces lágrimas amargas de sus sacratísimos ojos. Lloró en su pesebre, lloró en sus viglias licenciosas, lloró al derramar las primeras gotas de su sangre en la Circuncision lloró sobre el sepulcro de Lázaro

figura del pecador, lloró sobre la ingrata Jerusalen, figura de la humanidad lloró en el jardín de las olivas donde tan horribles se le representaban nuestras miserias que todos sus poros manaron sangre. ¡Oh, Señor, exclama el venerable fray Luis de Granada! ¿quién te trajo del cielo á la tierra sino amor? ¿Quién te bajó del seno del Padre al de la Madre sino amor? ¿Quién te puso en el establo y reclinó en un pesebre y te echó por tierras extrañas sino amor? ¿Quién te hizo sudar y caminar y velar y trasnochar, y cercar la mar y la tierra, buscando las almas sino amor? ¿Quién á tí, Maestro verdadero Sansón, ató y trasquiló, y despojó de tu virtud y fortaleza y te entregó en manos de tus enemigos para que te escarneciesen, y escupiesen y burlasen, sino el amor de la esposa la Iglesia y de cada una de nuestras almas? ¿Quién finalmente te trajo hasta poner en un palo y estar allí todo de piés á cabeza tan maltratado, las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los lábios secos, la lengua amargada, y todo finalmente despedazado? ¿Quién pudo hacer extrago como este sino amor? ¡Oh amor grande! ¡Oh amor gracioso! ¡Oh amor tal cual convenia á las entrañas y á la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno y amoroso y todo misericordioso! ¿Quién se negará al amor de Jesucristo que tanto nos ama? ¿Cómo hay corazones secos, corazones indiferentes, corazones de piedra que no aman á su Salvador? ¿Cómo hay pecadores que no van en busca de Jesús, cordero de Dios, inmolado por los pecados del

mundo? Acérquese el jóven, inquietado por los lejanos rumores de la borrasca que se prepara en las tenebrosas profundidades de sus pasiones, acérquese al corazón de Jesús, cuénteles confiado sus batallas, sus debilidades, sus caídas, sus deshonras, y obtendrá el perdon que purifica, la luz que dirige y la fuerza que sostiene. *Erant appropinquantes publicani, et peccatores.*

Acérquese la doncella, ofrezca á Jesús su corazón mancillado; y el que se apacienta entre azucenas, deramará sobre su alma agitada el rocío de la gracia que purifica y consuela. Acérquese el anciano que va á dejar este mundo en que tantos engaños ha sufrido, y hallará cerca del corazón de Jesús un refugio. Acérquese la madre de familia al que tanto amó á los niños, ofrezca á Jesús los queridos pedazos de su corazón para que él los bendiga y conserve bajo su amorosa Providencia. Acérquese el pobre, y el Padre de los pobres le dará la consideración y los honores que el mundo le niega; acérquese el afligido, llóre á los piés de Jesús y recibirá seguramente celestiales consuelos; acérquese el pecador arrepentido, decteste sus culpas, y se levantará perdonado y rejuvenecido. Os digo que los sanos nos han menester los cuidados del médico, que los justos no necesitan hacer penitencia, y habrá mas gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos, que ya se salvaron de los peligros de la muerte. Ahora es el tiempo y la sazón, el tiempo de la misericordia y la sazón de los buenos propósitos. Ahora que Jesús está en la Cruz, llamando á los

pecadores y con los brazos abiertos y ofreciéndoles un refugio en la piedra viva de su corazón. *Petra refugium herinaciis*. Acercáos pecadores, entrad en las llagas de Jesús, y recibireis el agua del perdón y la sangre del rescate, prenda segura de la vida eterna.

LA RESIGNACION PERFECTA.

«Lo que vamos á referir no es invención nuestra: es una de esas verdaderas *fábulas ascéticas*, que brotan del corazón de ese eminente poeta que se llama *pueblo*, cuando el sentimiento religioso le inspira: exacto regulador que marca al hombre de observación, los grados de arraigo y de pureza de las creencias religiosas de quien así sabe sentir las y expresarlas. En todas las naciones cultas de Europa se estudian y se coleccionan hoy las tradiciones y cantos populares, como medio de conocer la índole de cada pueblo: este mismo estudio, apenas cultivado en España, ha probado, sin embargo, que era el nuestro un gran poeta religioso, á quien inspiraba su robusta fe bellísimas al par que profundas creaciones, que adornan sus creencias sin deslustrar en nada su pureza dogmática.

«Hé aquí cómo nos fué referida esta fábula por uno de esos poetas campesinos que no se llaman Titos ni Melibeos, ni apacientan rebaños de blanquísimos corderos. Llamábase el tío Pellejo, y era de oficio *mo-chillero*, es decir, contrabandista al por menor, en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda.

II.

«Hace muchos años que atravesamos esa parte de la pintoresca Andalucía baja, que no es la Andalucía que recorre el viajero arrastrado vertiginosamente por una locomotora, sin divisar otra cosa que peñascos primero, olivares despues, viñedos más tarde, salinas al fin, y el mar por último, que va á besar mansamente la roca en que cual una blanca gaviota se posa Cádiz. Esta parte de Andalucía que arranca de la sierra de Ronda y se extiende hasta las peñas de Gíbraltar, es la Andalucía de las quebradas sierras cubiertas de verdes lentiscos; de las ricas tierras de labor; de los sombríos bosques de encinas festoneadas de yedra; de las dehesas sin término en que se crían los toradas salvajes; de los castillos morunos, que se arruinan cual obras perecederas del hombre, sobre peñascos inaccesibles que como inmutables obras de Dios á todo resisten. Accidentado conjunto en que alternan las bellezas de la naturaleza cultivada con la bravía majestad de las rocas, los bosque y los torrentes, y de cuya hermosura solo puede formar idea el que la haya contemplado como nosotros, repetidas veces, al paso de un caballo que solo nuestra voluntad apresuraba ó detenía.

«En una de estas excursiones á que nuestras aficiones de jóveu nos llevaban, nos sirvió de guía el tío Pellejo. Caminábamos una noche de Noviembre con dirección á Algar, pueblo de la sierra, abrigándome yo cuanto podia entre los pliegues de una manta murciana dispuesta á la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tío Pellejo que su

marsellés remendado, y el peso de sus setenta años.

—¿Qué hora es, tío Pellejo? pregunté yo de repente, en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

»El tío Pellejo miró detenidamente las estrellas, y contestó sin vacilar:

—»La una y cuarto.

—»Me parece que el reloj de usted se ha parado, dije yo chanceándome.

—»Pues no se duerme el Señor que le da cuerda, replicó gravemente el tío Pellejo.

—»Pero no ve Vd. que á las doce salimos de la venta del Mimbrai, y que por lo ménos llevamos ya tres horas de camino?

—»Cuarenta y ocho horas tiene el día en que no se come, replicó el tío Pellejo. A las doce salimos, y ahora es la una y cuarto, sin que haya más dares y tomares.... ¿Ve usted allí las tres hermanas? prosiguió, señalando las tres estrellas del cinto de Oríon, pues cuando se ponen en este tiempo encima de la peña de Tempul, apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto ménos. Media hora despues caen la mitad de las lágrimas de la Virgen hácia la sierra de San Cristóbal.... Véalas su mercé cómo ya van cayendo.

»Y al decir esto me mostraba con el dedo la vía láctea, que empezaba efectivamente á ocultarse tras de la sierra indicada.

—»¿Y por qué llama Vd. á esas estrellas lágrimas de la Virgen? pregunté yo deseando saber el significado de esto.

—»Pues por lo que al pan se le

llama pan y al vino, vino; contestó sencillamente el tío Pellejo. Ese monton de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María Santísima cuando andaba por el mundo: los ángeles las recogian, y Dios las iba colocando en el cielo.... ¡Por eso son tantas y son tan hermosas!

»Al oír explicar al tío Pellejo con más aplomo que Laplace la formación de la famosa nebulosa, vínose-nos á la memoria la fábula de la mitología griega, que inmortalizó el pine de Rubens y ensalzan críticos y poetas.

»¡Cuánto más hermosa y más poética nos pareció la version del tío Pellejo, que si bien no ha encontrado ningun Rubens que la pinte ni ningun crítico que la ensalce, habrá conmovido, sin duda, más de un corazón que se complace en ver en Maria la Madre de los pecadores y el consuelo de los afligidos!

»Porque así nos sucedió á nosotros, preguntamos al viejo mochilero:

—»¿Quién le ha contado á V. eso, tío Pellejo?

—»Pues si eso lo saben hasta los no nacidos... Es como el llorar, que todos lo saben y nadie lo aprende... A mí no me lo ha contado *naide*; pero mire Vd., señorito, una vez me lo recordó mi mujer, que esté en gloria, casi en este mismo sitio; un poco más hácia la izquierda, allá camino de Algeciras... ¡Jesucristo!... ¡Doce años han pasado ya, y todavía tengo aquella voz en los oídos!... Yo tenia tres hijos: á los tres les tocó la suerte, ¡y los tres fueron á la guerra del moro!... Chana (1) no tenia ya

(1) Diminutivo de Sebastiana, popular en Andalucía.

lágrimas que llorar, y ni le iba quedando cara en que *presinarse*... Yo disimulaba; pero tenía un *illo illo* en el cuerpo que no me dejaba sosegar, y me quedé con más sombra que una *jiguera negra*... ¡Misté yo, que cuando entraba en mi casa hasta el candil se alegraba!

»Una tarde vi llegar al aperador del Cortijo de la Horca: me vió desde léjos con Chana, y por eso me dio un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa!... Fui allá volando, y el corazón se me había vuelto licencia de Africa, y por él se supo que de los tres míos había muerto el mayor en la Toma de Sierra Bullones; al segundo lo mató á traición un moro en una trinehera, y el tercero Sebastian, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el hospital de Algeciras con el cólera morbo... Volví en busca de Chana, y le dí la noticia... La mujer se encogió como si se viera venir encima el torreón de Tempul: los ojos se le desencajaron; se puso más blanca que un papel.

—»Vamos á Algeciras, Cristóbal, me dijo.

»Aparejé la burra y tomamos el camino de San Roque, para coger luego el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de Martelilla: Chana caminaba en la burra *arrebujáa* en un pañolón rezando credos y salves. Yo iba detrás, echando sapos y culebras, y renegando de cuanto bicho viviente se menea... Yo no era malo, creía en Dios y en la Virgen Santísima, y en cuanto hay que creer en el mundo toda la *jié* (hiel) por el cuerpo, y hasta la saliva de la boca me sabía amarga...

De repente tropezó la burra y tiró las alforjas... ¡Me cegué!... me cegué como el toro cuando le pica la cuca, sucedió lo que sucede cuando el río se sale de Madre; que va creciendo, creciendo, y una lloviznila es la que al fin le hace rebosar... Me cegué y eché una blasfemia.

»Chana saltó de la burra como si hubiese oído la trompeta del juicio: se me puso delante más tiesa que un muerto en la sepultura, y me dijo:

—»¡Calla esa lengua, Cristóbal!... ¡Calla esa lengua; que bien mereces que Dios mate á tu último hijo!

»¿Y por qué hace Dios con nosotros esas tropelías? grité yo más furioso.

—»¡Porque somos pecadores! contestó con una voz, que parecía un juez sentenciando á muerte... Mira, añadió, levantando la mano á esos puñados de estrellas; mira las lágrimas que costamos á Maria Santísima!... ¡Cuéntalas, si puedes!... ¡Ella las derramó, y nosotros pecamos!...

»Yo no sé lo que me pasó entonces; pero el corazón se me salía por la boca, y me fui quedando atrás, atrás por verme solo. Miraba yo esas benditas estrellas del cielo, y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

—»¡Virgen Santísima, que por mí lloraste, decía yo á voces; sino supe lo que digo!... ¡Madre de pecadores, ampara á esta oveja perdida!... ¡Madre de misericordia, cúbrime con tu manto!... ¡Madre que perdiste un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe!...

»Llegamos á Algeciras por la mañana, y nos fuimos derechos al hospital: preguntamos á un cabo po

Sebastian Perez, y nos hizo entrar en la oficina del registro. Había allí un sargento, que buscó el nombre en un libro.

—»Sebastian Perez, dijo, entró el 25 de Mayo... salió el 1.º de Junio...

—»Y para dónde ha salido? preguntó Chana.

—»Para el Campo-Santo, con los pies por delante, respondió el sargento.

»Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo, y que temblaba como si tuviese frío de cuartanas.

—»Vamos al Campo-Santo, dijo.

»Y fuimos al Campo-Santo; pero lo habían ya cerrado, y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral, y por una rendijilla de la puerta miraba allá dentro, dentro, por ver desde lejos la tierra que se comía á su hijo.

»Teníamos diez reales, y Chana mando decir una misa á la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí á la sacristía en busca de un Padre Cura, y me confesé mientras tanto, llorando hilo á hilo. A la vuelta caminamos siete horas sin decir palabra.

»Al oscurecer me faltó ya hasta el aliento, y me dejé caer junto á un pozo de abreviar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó á mi vera.

—»¿Qué haremos ahora, Chana? pregunté yo, hablando el primero.

»Chana levantó la cabeza.

—»¿Qué haremos? dijo. Lo que dice el Padre nuestro, Cristóbal. Hágame tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...

»Yo me eché á llorar como una criatura; porque aunque era hombre que con una mano paraba una yun-

ta de bueyes; no tenía en el corazón el aguante de aquella santa muger, que no era muger de carne y hueso, sino un ángel del cielo.

—»Cristóbal, me dijo con una voz que parecía cosa del otro mundo; había un hombre, pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenía muger é hija, y labraba un hacedillo de tierra para mantenerla. La langosta debastaba entonces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amenazaba su sembrado. Fuése derecho al Cristo del Mimbral, y postrado ante la imagen, pidió auxilio al Señor que hace madurar los trigos del campo.

—»¿Señor! decía alzando sus cruzadas manos. ¡Conserva mi cosecha, y la miseria huirá de mi hogar! ¡Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo!

»El Señor no escuchó, sin embargo, las súplicas de Juan, y tras de la cosecha perdida, llamó á su puerta la miseria.

—»¿Cómo ha de ser! dijo entonces á su esposa. El Señor nos ha conservado salud y brazos... El bendecirá nuestro trabajo.

»Pero de allí á poco cayó su muger enferma, y vióse en breve á las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo á pedir al Señor, que da y quita la vida, salud para su esposa.

—»Señor, decía, postrado ante la imagen; salva su vidual... ¡No dejes á mi hija sin madre!... ¡Devuélvele la salud, rayo de sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez, escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murió á los tres días, dejando

solo á su marido y huérfana á su hija.

—»¡Cómo á de ser! se dijo Juan entonces. El Señor me ha quitado á mi mujer; pero me ha dejado á mi hija.

»De allí á poco se declaró en la niña la misma enfermedad de la madre y Juan corrió más angustiado que nunca ante el devoto Cristo.

—»¡Señor! decía, apoyando su frente en la reja; ¡salva á mi hija!... Anciano soy y desvalido... ¿Qué haré yo solo, como árbol sin ramas y sin fruto?

»Juan volvió á su casa esperanza-do: acercóse á la cama de su hija y la vió inmóvil: palpó su frente y la encontró yerta: tocó su corazón y ya no latía... Pidió entonces de limosna una mortaja blanca: hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho, y le dió él mismo sepultura á los pies de su madre.

—»Perdí mi cosecha!... ¡Perdí mi mujer!... ¡Perdí mi hija!... pensaba Juan volviendo á su hogar solitario. El Señor no quiere que le pida nada... ¡Nada le pediré...

»Y diariamnete seguía yendo á la capilla; se arrodillaba humilde ante el cristo; cruzaba paciente las manos; bajaba sumisa la cabeza, y ya no pidió jamás; ya no suplicó nunca. Solo decía aquel modelo de cristianos:

—»¡Señor, aquí está Juan!...

»Murió Juan al cabo, y su buena alma llegó á las puéstras del cielo: allí se arrodilló para rezar por vez postrera su oración cotidiana.

—»¡Señor, aquí esta Juan! dijo.

»¿Y las puertas del cielo se abrieron ante él en par en par...

»El tío pellejo, al acabar su rela-

cion, guardó silencio. La oscuridad nos impedía el ver si lloraba.

—»Y que ha sido de chana? le pregunté al fin, por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

»A Chana le pasó lo que al caballo viejo; que no resiste tres días de verde, me contestó. Desde entonces hincó la cabeza en tierra, y no la volvió á levantar nunca. Corazon le sobraba; pero el cuerpo se le iba solo á la sepultura, y tres meses, despues estaba en la eternidad con sus tres hijos. Yo me quedé solo, señorito, solo... Solo y sin más hato que el de la botella, el tapon y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista á ladron no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en que, y cuando no hay, nunca me niegan un pedazo de pan por estos cortijos. Acompaño á los señores cuando vienen á tirar jabalíes, y siempre que paso por el Cristo del Mimbral me asomo á la capilla y le digo:

—»¡Señor, aquí está el tío Pellejo!... ¡Setenta años tengo ya... Señor no se olvide...

(Se continuará.)

VARIEDADES.

Dícese que en el museo de H. éres se ha descubierto el original de Nuestra Señora de Loroto, de Rafael. Este cuadro desapareció de Loreto cuando la invasion francesa. La Santísima Virgen, junto á la cuna del Niño Jesús, levanta el velo que le cubre. El Niño Dios, echado sobre una almohada, extiende hácia su madre los brazos. San José, apoyado sobre un baston, está detrás de la Virgen.